



87

VARIOS

CUENTOS

PQ 7297

.R7

V3

C. 1



1080024125

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

Jesus V. Machuca  
Encomendador.  
México  
2º del Reloj n 3



*Al Sr. D. Juan...*  
*D. Alejandro...*  
**FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ**  
*delegado del autor.*

*CC*  
Núm. Clas. *R628va*  
Núm. Autor *3512*  
Núm. Adg. *6-*  
Precedencia \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Así se \_\_\_\_\_  
Catalogo \_\_\_\_\_



ALVARDE Y TELLEZ  
FONDO EDITORIAL

VARIOS

# CUENTOS

DE

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

EDICION DE 60 EJEMPLARES

101588

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE  
Bajos de S. Agustin n. 1

1882

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1625 MONTERREY, MEXICO

3512

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
Biblioteca Valverde y Tellez

PQ 7297

. R7

V3



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

EL REY Y EL BUFON

Á IPANDRO ACAICO,

El Autor.



I

PRÓLOGO.

**E**L esqueleto de este cuento ha sido exhumado de los libros ingleses de caballería del siglo XIII. El autor, más aficionado á las limpias y frescas pastas modernas que al polvo de los cronicones, halló el asunto en el “Curso de Literatura Francesa” de Villemain, quien descubre aquí el gérmen del estilo joco-serio que llaman humorístico los britanos; “que constituye —dice el mismo escritor francés— el principal mérito de Swift y de Sterne, y parece pertenecer á un pueblo ilustrado, que se ocupa en sus negocios y que se sirve del ingenio para aguzar el buen sentido y no para darle de mano.”

Tal estilo, que distingue á Cárlos Dickens, el primer novelista hoy, no es, sin embargo, peculiar de los ingleses, puesto que le hallamos en Cervantes, el primer novelista de todos los tiempos; y en el género de literatura española que

003512

Lesage explotó y mejoró trasplantándole á Francia. Si suele no agradar á académicos graves y á críticos exigentes, halaga á toda la gente de buen humor. Mucho hay que decir en pró de la unidad de tono; pero su variedad ameniza y divierte, imita á la naturaleza, es trasunto de la vida humana, y, léjos de excluir, refuerza útiles enseñanzas. Las mejores frutas de otoño para mi paladar son las agridulces: si tú, lector, prefiere otras, cierra el libro. En todo caso, el prólogo de este cuento y de los que le siguen, tiene el mérito de ser corto, y de no referir vidas propias ni ajenas.

## II

### Vísperas sicilianas.

No se trata aquí de la degollacion de franceses, ni de vísperas en que haya habido la menor efusion de sangre.

Trátase de las vísperas celebradas en la catedral ó iglesia matriz de Siracusa, capital de la isla y del reino de Sicilia, el 23 de Junio de algun año de los siglos XI ó XII de la era cristiana, en honor y culto del Precursor San Juan Bautista.

Como aún no regía el principio de separacion

del Estado y la Iglesia, el Rey pudo asistir á tales vísperas sin conculcarle, y sin temor á las declamaciones de la imprenta, que no había sido inventada.

Recibido por los canónigos en el coro, como lugar de mayor distincion y honra, no debió de guardar en él la compostura que Felipe II siglos despues en el monasterio del Escorial, durante las vísperas de la festividad de Todos los Santos, cuando sus áulicos no se atrevieron á distraerle con futilidades como la noticia de la victoria de Lepanto.

Entretenido el soberano de Trinacria con el cálculo de las riquezas de su ínsula, llamada entónces el granero de Roma; ó recordando las hazañas y travesuras de los Dionisios ó de Rogerio el Normando, antecesores suyos; ó proyectando, á falta de ferrocarriles y telégrafos, remover y extraer las rocas de Scylla, cegar el abismo de Charibdis, ó apagar el fuego del Etna, cuyo azufre no podía contratar con los ingleses, vagaba su imaginacion en cosas extrañas á la ceremonia religiosa; ó se adormecía su espíritu con los versos de Teócrito, el compasado martillar de los cíclopes, los inútiles suspiros de Polifemo, los problemas de Arquímedes, ó quizá la dificultosa



digestion de algunas hojuelas endulzadas con miel hiblea; cuando le sacaron bruscamente de su divagacion ó letargo estas frases del *Magnificat* en el oficio de vísperas, recitadas con estentórea voz en el coro:

“Deposuit potentes de sede,  
Et exaltavit humiles;”

ó sea, “Derribó de su asiento á los poderosos y elevó á los humildes.”

—¿Cómo se entiende? exclamó el Rey, extendiendo la diestra en ademan de suspender el oficio, y viendo con irritados ojos al cabildo.

Para que se comprenda la intensidad de la indignacion real, preciso es dar idea del monarca y de su carácter.

### III

#### El Rey de Sicilia y su Bufon.

El Rey se llamaba Roberto y, además de jóven y hermoso, era fuerte entre los fuertes y valiente hasta la temeridad. En cuanto á dotes intelectuales, reunía á la viveza el espíritu de observacion y de estudio, amaba las artes, y se hallaba, como hoy decimos, á la altura de los conocimientos de su época. Voltaire, que llamó á

Federico de Prusia Salomon del Norte, habría llamado Salomon del Sur á Roberto de Sicilia si algo hubiera esperado de él. Era hermano del papa Urbano y del emperador de Alemania; sin que el cronista explique á cuál de los Urbanos ni á cuál de los emperadores se refiere. En lo doméstico le hacía feliz su esposa, bellísima descendiente de los colonos dóricos ó jónicos de Trinacria: y en lo público, sus ministros eran complacientes como los de ahora, y estaba exento de la formacion y discusion del presupuesto, y de la censura parlamentaria.

Pero la vida es lucha y milicia, como dice Job, y el hombre que carece de enemigos se los forja con el limo de sus propias pasiones. La paz y prosperidad de su Estado, el ejercicio de un poder sin contradicciones ni obstáculos, la conciencia del propio mérito y los homenajes y aduaciones de su corte, encendieron en el corazon y la mente del Rey la llama del orgullo y de la soberbia, que cunde y se extiende con mayor rapidez que incendio de selva en estío. Ni hubo ya consideraciones y alabanzas á su persona que no le parecieran debidas é insuficientes, ni prosperidad ajena que no le dañara. Empezando por creerse fuera del nivel de los hombres, acabó

por no reconocer superior en ningun orden de séres: y anticipándose y mejorando á Comte que sustituye á la Divinidad el Gran-Todo compuesto de la humanidad y áun de los animales irracionales útiles ó de buena conducta, irracionalmente hablando, se declaró á sí mismo lo único digno de la adoracion ajena y de la propia. Vió sucesivamente con lástima, desden, envidia y enojo la honradez y el saber de los nobles de su corte, y el poder y la riqueza de los demás soberanos, grandes y buenos amigos y parientes suyos; y por alguna de esas puerilidades no raras en quien se hace esclavo de la tal pasion del orgullo, vino á no hallar contentamiento en más compañía y trato que los de su bufon, Benito, que le adulaba y mordía á los demás para ganar honradamente el pan.

Era, despues de todo, hombre ménos malo que el Rey el Bufon; feo de encargo, de miras y conocimientos limitadísimos, y que si se burlaba de toda la corte, inclusive el monarca, lo mismo lisonjeando que zahiriendo por razon de su oficio, tenía gran fondo de humildad y se juzgaba el sér más desgraciado y despreciable de toda Sicilia. A los piés de Roberto se hallaba en el coro en las vísperas de San Juan Bautista; y

fué tal la indignacion que vió en el rostro de su amo al recitarse el pasaje del *Magnificat*:

“Deposuit potentes de sede,  
Et exaltavit humiles,”

que, en vez de llenar sus obligaciones de costumbre remedando la actitud y la cólera de aquel nuevo Júpiter, temió él mismo sus rayos, escondió la cara entre las manos, y estuvo á punto de desear que se le tragara la tierra.

Tales eran y aparecían en aquel momento Roberto y Benito; ó sea el Rey de Sicilia y su Bufon.

#### IV

Continuacion y fin de las vísperas.—Cambio de papeles.

¿Qué pasó por la mente de Roberto al oir aquellos versículos? Algo como la forma tangible de un absurdo en el terreno de la verdad y de la lógica, y de una grave ofensa á la majestad real y á su persona.

—¿Cómo se entiende? repitió, con la diestra extendida para suspender el rezo de los canónigos.

El dean, hombre grave y reposado, aunque sorprendido del arrebato y la pregunta del Rey, le contestó con toda calma y claridad, que es tal